

# Convergencia entre reconocimiento y cultura

LINA MARÍA CASAS SALCEDO\*  
DELFIN IGNACIO GRUESO\*\*

*«No puede existir amor  
sin conocimiento  
en el otro, ni libertad  
sin reconocimiento  
recíproco».*

JÜRGEN HABERMAS

12/293, Ethel Gilmour. Libro Arte Violencia en Colombia

\* Estudiante de filosofía. Miembro del Grupo Vita. Universidad del Valle.

\*\* Ph.D. en Filosofía. Miembro del Grupo Praxis, Universidad del Valle. dgrueso@univalle.edu.co

Fecha de recepción: 31/01/05 Fecha de aprobación: 10/02/05

## Resumen

El propósito de este artículo es esclarecer el modo de tratar, en sentido moral, las identidades colectivas en una sociedad que se precie de ser justa. En ese orden de ideas, se comentan algunos puntos de vista liberales y comunitaristas.

**Palabras clave:** reconocimiento, justicia, cultura, minorías

## Abstract

This article reviews different aspects related to the notion of “recognition” and “justice”. The central issue is the best way (in the moral sense) of dealing with minorities, cultures, and other sorts of differences. Some points of view (liberals as well as communitarians) are taken into account.

**Key words:** recognition, justice, culture, minorities

En el ámbito de la cultura han surgido múltiples exigencias por parte de grupos o colectividades que esperan un reconocimiento político y social por parte de la sociedad. Este reconocimiento se empieza a matizar por la existencia de la pluralidad cultural, esto es, de las diferentes racionalidades que circulan en el mundo de la cultura. La sociedad contemporánea debe fundarse sobre el reconocimiento y legitimidad de la pluralidad y no sobre valores únicos y tradicionales, pues sobre valores como estos el orden social no puede más que configurar una racionalidad que proscriba, cen-

sura o excluye otras subculturas que históricamente han intentado ocupar un espacio en la sociedad y habitar el mundo como seres humanos y no como individuos marginados. En una sociedad semejante no se reconocen ni se toleran los valores políticos y sociales de los grupos marginados. En este artículo se intentará dar cuenta de diferentes aspectos relacionados con las nociones de “reconocimiento” y de “justicia” desde la visión de teorías liberales y comunitaristas.

## 1. Presentación general del concepto de reconocimiento

A finales de los años setenta y comienzos de los años ochenta se generalizó el debate teórico en la política moderna frente a un problema en particular: ¿Todos debemos ser tratados como iguales? Diferentes respuestas a esta pregunta vienen a constituir lo que hoy conocemos como teoría del reconocimiento.

El término “reconocimiento” hace referencia a una idea moral que va entrelazada con el concepto de identidad, de la interpretación que cada persona tiene de sí misma, de quién es como ser humano. Este concepto de reconocimiento tiene cierta validez en el campo psicológico y en el moral, si se piensa que el ser humano no sólo se reconoce a sí mismo como sujeto cognoscente, sino, también en tanto que se relaciona con los otros, no con un carácter monológico sino dialógico, puesto que los seres humanos somos capaces de reconocernos a nosotros mismos por medio del intercambio con los demás. Este rasgo dialógico lo podemos observar claramente en la teoría de George Herbert Mead, quien plantea que el intercambio se da por medio de lo que él denomina “*otros significantes*”, de tal forma que nuestra identidad se delimita con las cosas que nuestros “*otros significantes*” quieren ver en nosotros. Charles Taylor dice:



La marcha, Jorge Elías Triana

*“La identidad se adquiere a través de nuestra adquisición del lenguaje para expresarnos e interactuar con los otros”<sup>1</sup>*; de esta manera se enlazan reconocimiento e identidad, porque se entiende que no somos seres aislados, sino que somos personas que negociamos por medio del diálogo en parte interno, y luego externo, con los demás. Así, la propia identidad depende de mis relaciones dialógicas derivadas de la sociedad.

En el argumento que defiende el discurso del reconocimiento se pueden identificar dos niveles: primero, el campo íntimo, en el que lo importante es la formación de la identidad y del yo, lo que tiene lugar en un diálogo direccionado hacia otros significantes. El segundo es la esfera pública, para la cual la política apuesta a tener soluciones

de reconocimiento igualitario. Siguiendo esta línea, Axel Honneth<sup>2</sup> entiende que la dinámica del reconocimiento puede explicar conflictos sociales a través de elementos tanto psicológicos como sociales. Este fenómeno se puede procesar en tres estadios, que tienen su raíz en los trabajos de Hegel y Mead. El primer estadio tiene que ver con el reconocimiento emocional, en el que tienen lugar las relaciones primarias como el amor y la amistad. Dichas relaciones se caracterizan especialmente por crear fuertes lazos afectivos, en los que el sujeto se reconoce por primera vez como un sujeto de necesidad. De esta manera, Honneth se vale de los desarrollos de las teorías psicoanalistas (investigaciones de Winnicott) para mostrar que en la relación madre-hijo se puede observar el amor, entendido en palabras hegelianas como *ser-*

<sup>1</sup> Charles Taylor amplía el concepto de identidad de Herbert Mead al señalar la necesidad de las relaciones para realizarnos y definarnos. Véase “La política del reconocimiento”, en *Multiculturalismo*, F.C.E., 1991, p. 53

<sup>2</sup> Honneth Axel, *La Lucha por el Reconocimiento, por una gramática moral de los conflictos*, Crítica, Barcelona, 1997

*sí- mismo en otro.* Esta es la primera forma de reconocimiento a la que estamos enfrentados.

El segundo estadio se refiere específicamente a que *todos los sujetos deben ser reconocidos*. El reconocimiento pasa a ser aquí de tipo jurídico. Cada individuo es poseedor de toda la gama de derechos que adquiere una vez se ha vinculado a la sociedad. Esta forma de reconocimiento permite vernos como sujetos racionales y autónomos. Sin embargo, ser reconocido según Honneth va más allá de la aceptación de un orden moral, y tiene que ver con adquirir una forma de vida correspondiente al obrar racionalmente, que es en lo que radica el cumplimiento de la condición necesaria para apelar a los derechos.

En el tercer estadio se encuentra el reconocimiento de tipo social, donde subyace la idea de la valoración a todas las comunidades respecto a los individuos que las conforman; por ello una comunidad valorativa puede perseguir objetivos comunes para poder reconocer en el otro el esfuerzo que realiza en la búsqueda de dichos fines. Es así como el concepto de solidaridad expresa una interacción en la que los sujetos participan desde su particularidad gracias a una valoración simétrica que se ofrecen entre sí.

Análogamente a las formas de reconocimiento corresponden tres formas distintas de agresión al individuo o a la colectividad: La violación, este tipo de menosprecio que muestra los intentos por apoderarse del cuerpo de otra persona por encima de su voluntad, implica la humillación (muerte psíquica); la desposesión de derechos, es decir, im-

plica la privación de la capacidad de exigir ciertos derechos (muerte social). Por último, la deshonra, que consiste en no valorar justa la forma de autorrealización que poseen determinados sujetos en el ámbito social, implica la negación de sí mismo dentro de la comunidad (pérdida de la autoestima).<sup>3</sup> Los conceptos positivos como el amor, el reconocimiento jurídico y la solidaridad no son suficientes para establecer las causas del conflicto por el reconocimiento. Así, se hace necesario indagar sobre los conceptos negativos (violación, desposesión y deshonra) para comprender las necesidades de las diferentes luchas.

Desde otro punto de vista, dadas las consideraciones anteriores, las exigencias de reconocimiento de las diferencias han alimentado las luchas de grupos dentro de la sociedad con conflictos que tienen como interés una movilización política o simbólica.<sup>4</sup> La integración de estas minorías constituye uno de los puntos más destacados de la política moderna. Así, el problema en cuestión es el de una moralidad política que se ocupe de ciertos grupos que exigen reconocimiento de su identidad tanto individual como grupal, pues sienten (en razón de su etnia, religión y cultura) que han sido marginados o excluidos. Por ello exigen no sólo derechos sociales y económicos sino un debido reconocimiento frente al Estado por una justicia simbólica y cultural. Con esta movilización la existencia de amplios grupos marginados atenta contra valores democráticos como los de la igualdad o la justicia social. De ahí que al plantearse la erradicación de este problema se esté planteando al mismo tiempo un auténtico reto para una sociedad de-

*El término “reconocimiento” hace referencia a una idea moral que va entrelazada con el concepto de identidad, de la interpretación que cada persona tiene de sí misma, de quién es como ser humano.*

<sup>3</sup> Ibíd. p. 159

<sup>4</sup> Entiendo por movilización poner, de parte de las colectividades, una actividad en práctica para conseguir un fin común. En este sentido siguiendo la perspectiva de Nancy Fraser un reclamo de las injusticias socioeconómicas, arraigadas en la estructura político-económica de la sociedad (casos como los de la explotación, la marginación económica y la privación de los bienes materiales indispensables para llevar una vida digna); y las injusticias de lo cultural o simbólicas, que están arraigadas en los patrones sociales de representación, interpretación y comunicación (casos como los de dominación, no reconocimiento y respeto).

mocrática. Para continuar esta primera aproximación de cómo se debe entender la idea de reconocimiento, en lo siguiente nos adentraremos en el tema con la explicación que ha dado al problema la filosofía político-moral, para luego matizarla con la idea de cultura y educación.

## 2. Problemática: Controversia entre liberalismo y comunitarismo

La problemática sobre las exigencias de reconocimiento ha llevado a reevaluar el ideal democrático, ya que existe una pluralidad de valores que entran en conflicto y que han sido reducidos por los fundamentos del liberalismo a una idea moral universalmente válida para todos los seres humanos. De esta manera, siguiendo el planteamiento de Isaiah Berlín,<sup>5</sup> los valores deben ser irreducibles por su pluralidad; pero para una mejor comprensión de los valores humanos es necesario el conflicto. Así, para superar el problema del reconocimiento deben solucionarse las necesidades sociales, ya que en uno o más casos se suscitan en una sociedad desacuerdos al interior de la sociedad debido a diferencias de creencias y de valores.

En torno a la idea de reconocimiento, se levantó una controversia suscitada en el pensamiento ético-político liberal cuando ella recobró su vitalidad en los años setenta, al formular planteamientos novedosos frente a esta problemática. El caso del filósofo norteamericano John Rawls, que publicó en 1971 el libro *Teoría de la justicia*, se destaca entre los diversos trabajos teóricos que, desde la perspectiva liberal, han intentado resolver los problemas con una propuesta ético-política que retoma el contractualismo de

Hobbes, Locke, Rousseau, pero, que se inspira básicamente en la teoría ética de Kant. Rawls, valiéndose del artificio de “posición original”, planteó principios de justicia basados en decisiones racionales, conducidas por leyes morales trascendentales, que fueron importantes para estructurar la justicia social.

En respuesta a esta propuesta surgieron ciertas posiciones críticas a los principios planteados y a las consecuencias que llevaría la teoría rawlsiana. Estas discusiones, que brotaron en el marco de la filosofía práctica, por los llamados *comunitaristas* tomaron puntos claves para un debate complejo que aún en nuestros días no ha tenido un desenlace claro y elaborado. Entre los principales críticos comunitaristas se encontraron: Michael Sandel, Charles Taylor, Michael Walzer, que desencadenaron reacciones a finales de los años ochenta, cuando el debate empezó a tener lugar. Las críticas más destacadas fueron dirigidas al concepto de individualismo liberal, puesto que, por una parte, la noción de individuo presupone una identidad presocial que niega todo vínculo social, y por otra, los derechos del individuo eran considerados universales (*“El individuo es pura libertad”* y de él todo provenía y a él todo retorna).<sup>6</sup> En términos generales, los comunitaristas criticaron la noción de autonomía y el modelo social del liberalismo, en que la sociedad es un mero instrumento del individuo. Una de las posiciones más sobresalientes fue la de Taylor, quien planteó, como lo vimos anteriormente, que nuestra identidad es necesariamente social, y que todo *proceso de subjetivación* tiene lugar en el seno de la comunidad donde podemos comprendernos e interpretarnos a través de la interacción con los otros.

*El sistema escolar aparece, entonces, como una instancia de reproducción de las relaciones sociales de dominación y, por tanto, de las formas de conciencia y de representación ideológica que les legítima.*

<sup>5</sup> Isaiah Berlín, *Conceptos y categorías*, F:C:E, México, 1998, Ver en La Fortuna Moral, Bernard Williams.

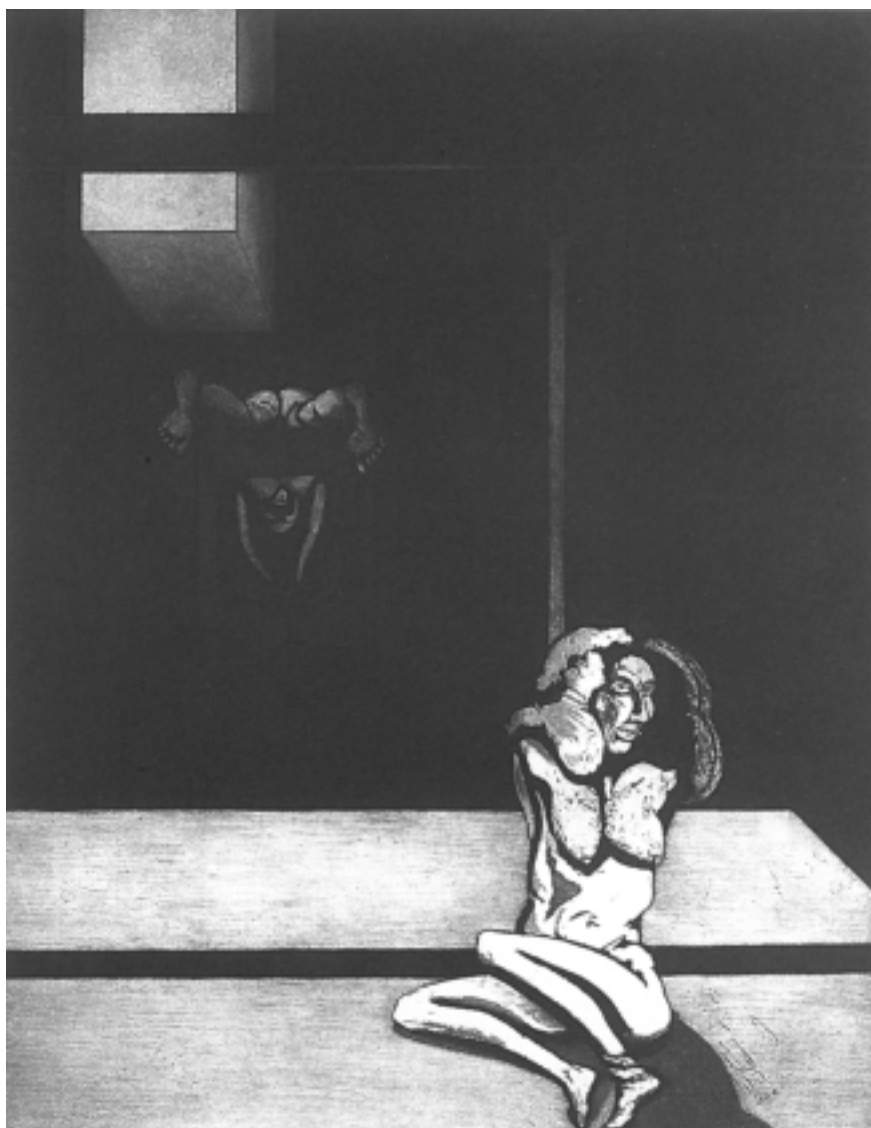
<sup>6</sup> Escudero Alejandro, “La crítica del comunitarismo al liberalismo”. Véase en *Pensar la Comunidad*, 2002, p. 95.



Cabe mostrar que, debido a la controversia, las diferentes actitudes que surgieron ante este problema se pueden resumir de la siguiente forma: en primer lugar, aquellos que reconocen que hay un problema entre ciertas identidades colectivas y proponen corregirlo haciendo ajustes al modo liberal de plantear los fundamentos de gobernabilidad (Rawls, Jürgen Habermas y Will Kymlicka); y en segundo lugar otros que piensan que los problemas son tan profundos que comprometen al Estado mismo, cuestionan su legitimidad moral y desbordan su capacidad de acción (Charles Taylor, Nancy Fraser, Iris Marion Young y Axel Honneth. El problema en general gira en torno a los términos que cada teoría (liberal o comunitarista) usa para defender su posición, porque el hablar de un sistema social implica tener claro no sólo la controversia del “individuo”, sino como la cultura es parte ordenadora del movimiento. A continuación explicaremos la importancia de implica considerar conceptos como reconocimiento, cultura y educación en cada teoría, y cuáles puntos se pueden destacar de las dos posiciones.

### 3. Ambigüedad de términos

El planteamiento del problema que se viene presentando ha provocado la revaluación de conceptos como los de cultura y educación, que revelan el rechazo a una concepción unidireccional de los cambios y refuerzan la convicción de que caben diferentes interpretaciones y orientaciones de los mismos. En consecuencia, junto al predominio en el ámbito académico y político de términos más o menos ambiguos, se aprecia un interés social creciente y paralelo por problemas relacionados con ideas como ciudadanía, democracia participativa, políticas públicas, inclusión-igualdad social. Pero, por en-



Libro Arte Violencia en Colombia

De la serie América Latina Tortura,  
Umberto Giannandrea

cima de la elaboración de una propuesta teórica distinta o de la delimitación de un área de disputa específica, lo que se aprecia en los síntomas de cambio de nuestras sociedades y en la forma de entenderlos por parte de algunos agentes sociales es la lucha por el reconocimiento político de la capacidad de reflexión y decisión de los ciudadanos. Junto a la concentración de poder económico y político, se asiste a la demanda de una mayor participación en el análisis, la toma de decisiones y la planificación por parte de las organizaciones y personas afectadas por los cambios que se producen. Podría afirmarse que es la misma comple-



El segundo jinete, Augusto Rendón

jididad creciente del sistema social y los riesgos a que nos ha conducido nuestro modelo de organización y producción los que provocan y exigen una mayor participación consciente de la población. En este sentido, es la *reflexividad* de la sociedad -destacada por algunos prestigiosos sociólogos como característica propia de las sociedades complejas de nuestro tiempo- y la supervivencia del planeta lo que impulsa la reflexión y la acción de un número creciente de personas y organizaciones.

Podemos observar que existe, desde el campo de la teorías filosófico-morales, una ambigüedad con la idea de cultura; pero lo cierto es que ésta debe ser un punto importante en las teorías políticas. La cultura se expresa como parte integrante de estas exigencias, su capacidad consiste en que es un sistema moral que se explica a sí mismo y forma un conjunto de tradiciones y valores, reproducibles en

la historia. De esta manera, la cultura dentro de las sociedades se acrecienta por el desarrollo de reglas organizativas donde la interpretación, la comunicación y la cosmovisión son las que la hacen mediadora de un mundo que se construye por las colectividades. Es por esto que para comprender a fondo esta perspectiva de los conflictos se hace necesario revisar lo que se entiende por cultura y cómo ella participa activamente en la educación. La producción cultural constituye el objeto

de conocimiento de las relaciones sociales, tal objeto debe ser explicitado por la contribución del sistema educativo que debe recrear específicamente las relaciones simbólicas y de fuerza que se dan entre los grupos sociales.

Ahora bien, la importancia que se le ha dado a la cultura es débil desde ciertas argumentaciones comunitaristas, debido a que son en respuesta a un liberalismo que plantea un Estado neutro e indiferente frente a las exigencias culturales y simbólicas de las colectividades. De hecho, este movimiento surge contra el liberalismo de Rawls que reclama neutralidad cultural del Estado democrático. Por lo tanto, la imagen de Estado que ha ofrecido la teoría liberal es la de un orden contractual entre los intereses de individuos privados que interactúan en el ámbito de la sociedad civil. Vemos así que la teoría liberal separa radicalmente la integración social de una parti-

cipación política.<sup>7</sup> En otras palabras, el liberalismo expone la justicia como un equilibrio que se sostiene con ciertas condiciones ideales de una vida buena, se construye a partir del individuo considerado como persona política que interactúa en el campo de lo público, lo ético y lo cultural y se desplaza en esta perspectiva al campo de lo privado. El Estado no se detiene en un problema de integración del individuo con un grupo de socialización. A partir de esta problemática se hace necesario pensar cómo los grupos sociales asumen esa vida buena por medio de sus valores y tradiciones. Se debe partir, pues, por hablar en términos no de una individualidad sino de comunidad. Así, la justicia pasa a ser un tópico diferente enfocado no sólo en un individuo autónomo sino también en las colectividades, dando cuenta que ahí se permiten todas las exigencias de reconocimiento que proporcionan un análisis más profundo hacia una justicia cultural. La cultura apuesta, entonces, a una idea grupal que determina la política como superación de una política alcanzada por el individuo, que dejaba la cultura a la luz de lo privado.

La distinción entre lo público y privado, tal como aparece en la teoría política moderna, expresa una voluntad de homogeneidad que hace necesario lo privado, particularmente de grupos y personas a partir de su etnia, raza y género. Dada esta consideración se puede entender que ha existido una oposición entre razón y afectividad, como lo indica Iris Marion Young, dada por una ética moderna que pone una marca de imparcialidad con el sello característico de la razón moral. En tanto característica de la razón, la imparcialidad im-

plica una exigencia de universalidad y su resultado se enfoca a eliminar toda alteridad. En palabras textuales enuncia que: “*Este punto de vista generalmente es un constructo contrafáctico, una situación de razonamiento que erradica a la gente de su verdadero contexto de toma de decisiones morales en vivo, llevándola a una situación en la que no podría existir.*”<sup>8</sup> La evidencia es que la dicotomía entre razón y deseo en la teoría liberal se expresa en la distinción del ámbito público (universal, de la soberanía y el Estado), y el ámbito privado, (particular, de las necesidades y los deseos), la generalidad por la exclusión de la particularidad.

El dilema toma otro rumbo cuando se pregunta: ¿Cómo se comporta el Estado en relación con una cultura determinada? o por el contrario: ¿Cómo entran a regular sus relaciones con la cultura de manera positiva? Para dar respuesta a estos interrogantes el Estado debe apostar por una comprensión de la cultura pública en la que participen los diferentes grupos en su construcción, para que se garanticen valores y derechos a través de la democracia.

Como se ha visto, la cultura no ha sido definida de una manera clara en la política liberal ni en el marco de la política del reconocimiento, en donde la cultura es definida a partir de la vida social, de la política y el Estado. En otras posiciones, la cultura se juzga desde los fines humanos internos a los que la praxis cultural parece aspirar: unas veces tiene funciones específicas y en otras refleja viejas concepciones románticas del mundo del siglo XIX. La cultura se desprende de concepciones de la vida buena y de la dimensión ética del hombre que an-



Población civil, Beatriz González

Libro Arte Violencia en Colombia

<sup>7</sup> Colom Francisco, “El espacio social de las políticas de la identidad”, en *Convergencia entre Ética y Política*, p. 71.

<sup>8</sup> Young Iris Marion, “La configuración de lo público y lo privado”, en *La democracia en sus textos*, p. 448.



cla contextos políticos. Entre estas propuestas se encuentran las de Charles Taylor y Will Kymlicka.

Kymlicka, en su texto titulado “Ciudadanía Multicultural”, define a la cultura desde una concepción subjetiva, a saber, desde el *ethos* de un grupo, y caracteriza el modo de vida de la civilización moderna. Apoyándose en esta definición, Kymlicka propone que la cultura debe afectar sólo a aquellos grupos que bien son naciones o bien etnias; por ello, las culturas nacionales deben superar fenómenos del individualismo y de obediencia paternalista al Estado. De esta forma, analiza el papel de la cultura en la teoría democrática liberal sobre la base de la defensa de la libertad de elección, que depende de una cultura que proporciona a sus miembros unas formas significativas a través de todo el abanico de actividades humanas, incluyendo la vida social, educativa, religiosa, recreativa, económica, abarcando la esfera pública.

Por otra parte, Charles Taylor presenta “una deducción trascendental” del valor de la comunidad, de manera sistemática, al igual que presenta las formas y causas del individualismo ético. Su posición gira en torno a la siguiente afirmación: *La civilización actual, basada en el narcisismo individualista, tiene que encontrar en la cultura comunitaria algún tipo de regeneración*. Para Taylor, la regeneración cultural se debe impulsar a toda costa para transformar el Estado. De aquí que el ideal sea una vida integrada colectivamente.

Con respecto a la vida integrada colectivamente, sostenida por la comunicación cultural y el reconocimiento de la positividad de las exigencias culturales, Taylor, en su texto *Ética de la Autenticidad*, pone

en entredicho tres males que sostienen el desprestigio de la cultura liberal-individualista: *la desaparición de los horizontes morales o de sentido, el dominio de la razón instrumental y la pérdida de la libertad*. Todas ellas representan un gran problema para los teóricos morales en estos elementos, denuncia el autor. Existe un relativismo que reduce el horizonte moral a un subjetivismo carente de razones; es por esto que plantea que se debe considerar “la autenticidad” como un ideal moral donde el Estado no permanece neutral, lo que le permite abrir la situación de las sociedades modernas, dotando de significado la vida social mediante fuentes morales. El ideal de autenticidad evade el narcisismo individual en la medida en que la identidad personal interactúa con la alteridad y el reconocimiento del otro, siendo una identidad dialógica por medio de la fusión de horizontes.<sup>9</sup>

La autenticidad es la resonancia subjetiva de las correspondencias significativas, que se presenta por una realización lingüística que permite el reconocimiento de lo propio a través de lo ajeno. Este argumento se puede ver también en Luis Villoro, quien plantea que podemos llamar “auténtica” a una cultura cuando está dirigida por proyectos que responden a necesidades y deseos colectivos básicos y cuando se expresa efectivamente en creencias, valoraciones y anhelos que comparten los miembros de cada cultura.<sup>10</sup> Así, la concreción de la identidad colectiva de una cultura obliga a revisar que la cultura cambia con las situaciones históricas. De lo cual se concluye que la cultura no es singularidad, sino, más bien, un ideal de apropiación de lo otro. La comunidad cultural no se define, entonces, por

*Luis Villoro, plantea que podemos llamar “auténtica” a una cultura cuando está dirigida por proyectos que responden a necesidades y deseos colectivos básicos y cuando se expresa efectivamente en creencias, valoraciones y anhelos que comparten los miembros de cada cultura.*

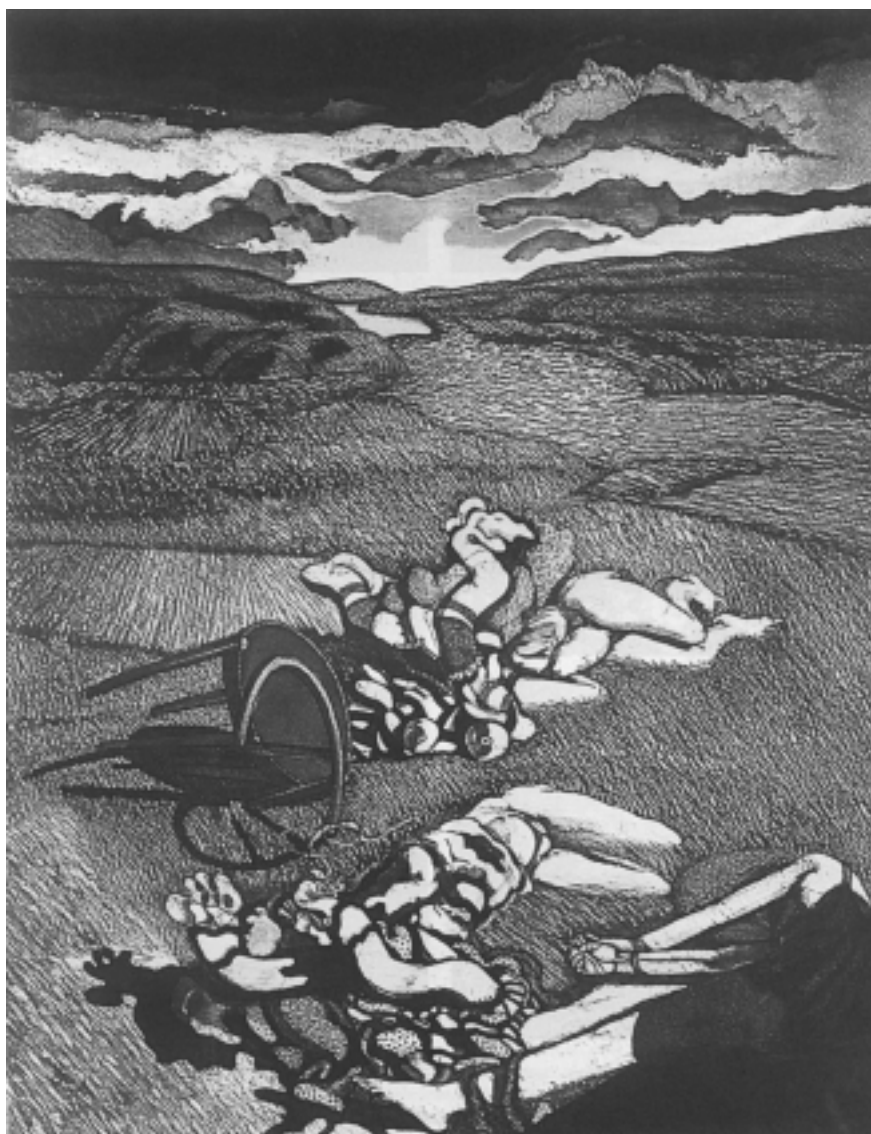
<sup>9</sup> Villacañas José Luis, “EL Estado y la cultura. Sobre una cuestión básica de multiculturalismo”. Véase en *Convergencia entre Ética y Política*, p. 37-38

<sup>10</sup> Villoro, Luis, *Sobre la identidad de los pueblos*, Capítulo IV, p. 97

un particularismo, sino que se reconoce por la conexión social y una acción política colectiva.

Si la cultura no ha tenido una definición clara y amplia, debe conjugarse entre las teorías, como lo habíamos dicho anteriormente, su participación como mediadora en la que se insertan todas las tramas de significación que constituyen un horizonte y confluyen las diferentes perspectivas. Cada sociedad tiene su propia cultura, un particular mundo de vida; esto es especialmente notorio en las actuales sociedades complejas. El significado de las acciones sociales por el reconocimiento viene dado por las exigencias que permiten un disenso en el campo de lo público y una dinámica manifestación política y simbólica que nos lleva a considerar que es imposible homogenizar una constante como un modo general de vida, donde las colectividades tienen que reconocerse en un trasfondo que sea construido por un proyecto de Estado que se edifica sobre el acervo del antagonismo. Al respecto, la educación multicultural debe aportar en definitiva cómo pensar al otro y lo otro, la alteridad.

Habiendo anotado cómo la cultura opera al modo de una red y un espacio social para el intercambio y circulación desigual de los bienes y recursos, sean materiales, socio-culturales, políticos o simbólicos, hablar de este intercambio permite observar cómo se producen y negocian capitales específicos, es decir, religiosos, políticos, estéticos, económicos, entre otros. Así, el objeto y razón de ser de las luchas sociales son estos bienes, son estos recursos producidos por los agentes sociales que reclaman legitimación social, por esto es necesario revisar qué ha sucedido con la educación como una significación y apropiación de lo otro.



Libro Arte Violencia en Colombia

De la serie América Latina. La violencia en Colombia. Umberto Giangrandi

Con respecto a la escuela, ella juega un papel primordial en la reproducción de los privilegios culturales, susceptible de conversión en capital económico y social. Por tanto, el saber y la escuela son en sí mismos factores de emancipación y liberación que reza sobre los contratos sociales y constitucionales. La institución escolar debe distribuir saberes equitativamente por encima de las diferencias sociales, sexuales, étnicas y técnicas, contribuyendo a la extinción de las desigualdades y privilegios ya que es pilar de un Estado ajeno a esta problemática. Desde aquí se observa que no existe una democracia escolar: allí prevalece una injusticia que se refleja más ade-



Basta un salto, Augusto Rendón

*No se trata de una comunicación que transmita el aprendizaje sin apelar explícitamente a rasgos, disposiciones y atributos constitutivos de la personalidad, sino que abra horizontes a otras significaciones sociales que la conviertan en generadora no sólo de información sino de reconocimiento social, que constituya una herencia sin un canon que excluya.*

lante en las exigencias de reconocimiento por parte de las colectividades que interactúan en la sociedad.<sup>11</sup>

En realidad, el sistema escolar aparece, entonces, como una instancia de reproducción de las relaciones sociales de dominación y, por tanto, de las formas de conciencia y de representación ideológica que les legitima.<sup>12</sup> En sociedades concretas, naciones o grupos sociales, las acciones educativas tienden a la reproducción del sistema cultural dominante, pero la perspectiva que se debe implementar es la de una reproducción de las culturas donde se expresa lo “pluricultural” y lo “multicultural”. La función propia de la educación debe enfocarse a la inculcación y apropiación del arbitrio cultural de los diferentes grupos sociales, determinando disposiciones frente a estos conflictos relativos, para lograr producir condiciones necesarias para las diferentes demandas de reconocimiento que también se dan en la escuela.

El sistema educativo cumple una importante función de legitimación al convenir la ideología de dones y talentos, entendido como disposiciones innatas, en la explicación del éxito o del fracaso escolar. Por este mecanismo, la escuela transforma desigualdades sociales en desigualdades “naturales”, es decir, transforma privilegios aristocráticos en derechos meritocráticos. Es así como los privilegios y el patrimonio, que históricamente se transmiten de manera directa (económica, social, cultural y política), alegando títulos de nobleza, vocaciones familiares, atributos sanguíneos, carismas o dones que antes correspondían a derechos naturales, hoy requieren de la certificación escolar para ser legitimados.

De ahí se desprende el desarrollar conceptos, mecanismos e ins-

<sup>11</sup> Téllez Iregui, Gustavo. *Pierre Bourdieu: Conceptos Básicos y Construcción Socioeducativa*. Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, 2002, p.98

<sup>12</sup> *Ibíd.* p. 100.

tancias fundamentales donde interactúen la política del reconocimiento en los procesos educativos y sociales; así mismo, se debe dar cuenta de la acción pedagógica expresada por excelencia en la vida cultural como ejercicio simbólico para la legitimación de las diferentes exigencias colectivas, también éste como un espacio público. Específicamente, lo considera Susan Wolf, sea como fuere, esta clase de falta de reconocimiento se encuentra difundida en nuestras instituciones educativas, constituyendo un grado de insulto y de daño que requiere un remedio inmediato: debe haber una exigencia de reconocimiento de la diversidad cultural expresada en la esfera de la educación, que considere que todas las culturas y las obras que producen como igualmente buenas, implique el rechazo de todas las normas de una evaluación homogenizante, lo que a su vez no permite la validez de los juicios de igual valor.<sup>13</sup>

De esta forma, la falta de reconocimiento se encuentra difundida en nuestras instituciones educati-

vas y se debe constituir la afirmación de las culturas como parte importante porque los grupos constituyen nuestra comunidad. Además, las acciones pedagógicas deben apuntar a una relación de comunicación que se ejerce a través del lenguaje, que no descansa en el monopolio de la fuerza; no se trata de una comunicación que transmita el aprendizaje sin apelar explícitamente a rasgos, disposiciones y atributos constitutivos de la personalidad, sino que abra horizontes a otras significaciones sociales que la conviertan en generadora no sólo de información sino de reconocimiento social, que constituya una herencia sin un canon que excluya. Este cambio no debe estar mediado sólo por la cultura sino en lo económico, lo político y lo simbólico, en la que la autenticidad de que hablaba Taylor intervenga activamente con una participación y concertación a la luz de los contextos donde las colectividades luchen por sus derechos y perspectivas de Estado, como expresión de significación y reconocimiento. ❁

<sup>13</sup> Wolf Susan, "Comentario". Véase en *"El multiculturalismo y la política del reconocimiento"*. Ensayo de Charles Taylor, p. 115-116.